



ORIENTACIONES PASTORALES 2025/26

1.-PRESENTACIÓN

Estas Orientaciones Pastorales 2025/26 se presentan como una guía en el caminar pastoral de nuestra Iglesia Episcopal Anglicana de Chile y no se pueden comprender sin los procesos eclesiales que hemos vivido, que hemos experimentado y asumido como un único y gran proceso para buscar la voluntad de Dios y renovarnos en la misión.

2-PALABRA DE DIOS

El texto bíblico que nos ilumina es *"Vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios"* (1 Pedro 2:10). Esto, porque hemos sido adquiridos por Dios como su nuevo pueblo, como pueblo escogido, lo que conlleva aneja la misión de ser los continuadores de la proclamación de las misericordias y maravillas divinas, lo que sin duda es parte de nuestra identidad de Iglesia y misión de cristianos.

3-EL CONTEXTO EN EL QUE VIVIMOS NUESTRA MISIÓN

Quiero compartir lo que nos ha sucedido, lo más relevante de nuestra realidad eclesial y social en los últimos años. Nuestra mirada como Iglesia Episcopal Anglicana de Chile se nutre de lo que hemos escuchado y compartido en los procesos de discernimiento eclesial vividos en nuestra Iglesia, en Chile y en cada uno de los países donde hemos hecho misión. Nos asomamos a esta realidad para mirarla desde Jesucristo y responder a los desafíos que ella nos plantea.

4.-El caminar eclesial de estos últimos años

Como Iglesia Episcopal Anglicana de Chile, hemos estado buscando caminos de renovación que nos ha impulsado a una transformación misionera de la Iglesia y a una impostergable renovación eclesial. Lamentablemente, la realidad eclesial nos mostró que esa renovación estaba lejos de consolidarse y "que existían situaciones que no sabíamos ver y escuchar", la gran dificultad que en algunos dentro de la Iglesia tienen para articular el trabajo en equipo, la gran discrecionalidad en el uso de otros textos litúrgicos por sobre los nuestros, resistencia en algunos de sostener la identidad católica por sobre otras expresiones anglicanas, el clericalismo que coarta la acción de toda la cristiandad y su proactividad, las enfermedades no informadas ni declaradas a la autoridad pertinente, la ausencia del mandato bíblico en los diezmos y ofrendas, la inasistencia a reuniones y asambleas han producido durante los últimos años una realidad heterogénea.

5.-El contexto social, cultural, económico y político

La realidad chilena, así como la mundial, ha continuado viviendo en los últimos años procesos de profundas transformaciones sociales, culturales, políticas, etc., que hacen aparecer la imagen de una sociedad en crisis, cambiante, en permanente ebullición. Vivimos un "cambio de época" que no tiene una dirección o planificación ordenada, sino que más bien parece ser un fenómeno plural, heterogéneo y

fragmentario. Esto causa gran impacto en la vida de las personas y en la convivencia social, complejizando la acción de las instituciones, desde el Estado hasta las diversas organizaciones intermedias. Se manifiestan aspectos positivos y negativos, junto a no pocas contradicciones, como las que se dan, por ejemplo, en el mundo de los valores: por una parte, hay avances en la protección de los niños, el respeto a la mujer y la protección de la naturaleza; por otro, crecen abruptamente las manifestaciones de violencia y de falta de respeto a la vida humana. La realidad sociopolítica del país ha estado marcada por la búsqueda de un cambio, que comprendemos como expresión de un deseo de un proyecto más compartido de sociedad. Ha sido un proceso en que se han manifestado esperanzas, como el anhelo de que se reconozcan diversos derechos sociales y el deseo de superar graves situaciones de inequidad social. Pero también desconfianzas, como la polarización en la convivencia y reivindicaciones identitarias que no siempre atienden suficientemente al bien común. Más allá de esto, la política da muestras de crisis y distanciamiento de la ciudadanía, además de una dificultad para discutir proyectos de largo plazo al servicio del bien de todos. La superficialidad para abordar los problemas, la falta de amistad cívica, así como la penetración de las redes sociales con sus simplismos y descalificaciones, no ayudan a que la política esté a la altura de lo que Chile necesita. También han estado muy presentes en nuestra realidad las temáticas de la inseguridad ciudadana y del crimen organizado, que afectan profundamente la vida en común. El aumento de la criminalidad, la normalización del consumo y tráfico de drogas, los avances de la narcocultura en los barrios, la trata de personas, el asesinato de carabineros y otros ciudadanos, además de otros delitos que traspasan los límites de respeto a la vida humana, generan gran preocupación en la población, debilitan y fracturan los vínculos familiares y comunitarios, rompen el tejido social y tienen alto impacto en el clima político. Desde nuestras comunidades cristianas y en colaboración con otras organizaciones, debemos contribuir a enfrentar este urgente desafío, expresando ese compromiso de fe y solidaridad que tantas veces los grupos de Iglesia saben mostrar ante las necesidades de los demás. Altos niveles de desigualdad, escasa mejoría en la distribución del ingreso y alta concentración de la riqueza, son algunos de los síntomas que dan cuenta de un sistema económico con injusticias estructurales que no favorece la cohesión social.

Otro tema de gran impacto es la realidad de la migración, que el país y la región viven desde hace años. Hay que reconocer la riqueza cultural, laboral e incluso religiosa que ha supuesto para el país la presencia de la gran mayoría de los inmigrantes entre nosotros y, a la vez, lamentar la frágil situación en que se encuentran muchos de ellos, a menudo con acceso solo a empleos precarios y sin contar con redes de apoyo ni condiciones mínimas para una vida digna. La falta de una adecuada política migratoria y las dificultades de coordinación entre las autoridades de los países involucrados, ha generado sufrimiento tanto en las comunidades inmigrantes como en las comunidades de acogida, produciéndose también en parte de la población chilena actitudes xenófobas y discriminatorias, que tergiversan la imagen positiva que la mayor parte de los migrantes dejan con su trabajo y su aporte a la sociedad. En nosotros también hay oscuridades, que exigen nuestra conversión continua, pero el Señor resucitado nos acompaña y alienta nuestra esperanza, invitándonos a proclamar en medio del mundo su Mensaje de

Salvación. Él mismo se nos adelanta con su acción amorosa, pues la fuerza de su resurrección ha penetrado en el mundo y provoca por todas partes gérmenes de vida nueva. A esta obra de Dios es a la que queremos servir con humildad, perseverancia, profundidad, entrega generosa, dando un testimonio sencillo y coherente de la alegría del evangelio. Al servicio de este propósito ofrecemos estas Orientaciones Pastorales, para anunciar a Jesucristo, luz del mundo, “El camino, la verdad y la vida” (Jn. 15,6) caminando unidos, como testigos y misioneros.

6.- MARCO INSPIRADOR EN LA BIBLIA

6.1. La centralidad de Jesucristo

La centralidad de Jesucristo es el principio que fundamenta toda la vida de la Iglesia. Cristo está al centro. Cristo es el centro. Cristo centro de la creación, del pueblo y de la historia. Él es la piedra angular sobre la que se edifica todo el edificio (cf. Ef 2, 20), el cimiento que ya está puesto y que nadie ni nada puede reemplazar (cf. 1 Co 3, 11). Como lo expresaron tantos hermanos en los procesos de discernimiento eclesial, tenemos la convicción de que la crisis eclesial que hemos sufrido en todas sus dimensiones tiene su origen en la debilidad de la fe y en la infidelidad a Jesús. Por eso nuestra conversión como Iglesia debe partir siempre por poner a Jesús en el centro de nuestra vida personal y eclesial.

6.2. Pueblo de Dios e igualdad fundamental de todos los bautizados

La comprensión de la Iglesia como Pueblo de Dios nos permite destacar la igualdad en dignidad y en acción de todos los bautizados, además de valorar el sentido de la fe o *sensus fidelium* de ese pueblo. Son aspectos esenciales para iluminar el modo en que tenemos que interactuar y llevar adelante la misión en la Iglesia. La igual dignidad de todos los miembros del pueblo de Dios se funda en el Sacramento del bautismo. A través de la “unción” somos todos consagrados por el Espíritu Santo, y hechos partícipes de la triple función, sacerdotal, profética y real de Cristo. En el corazón de nuestra consagración bautismal todos nos podemos reconocer hermanos y hermanas, hijos de un mismo Padre, al servicio de la edificación del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. De este Cuerpo somos parte manteniéndonos unidos a su Cabeza, Jesucristo, como los sarmientos permanecen unidos a la vid. (cf. Jn 15, 1-11). Desde esta perspectiva, en la Iglesia nadie sobra, todos somos parte importante y nos necesitamos, desde el respeto, la valorización y la interrelación de los diversos carismas y ministerios, cada uno aportando desde su particular función (cf. 1 Co 12). El *sensus fidelium* de los fieles es una manifestación concreta de la unción del Espíritu sobre todos los bautizados. La presencia del Espíritu otorga a los cristianos una cierta connaturalidad con las realidades divinas y una sabiduría que los permite captarlas intuitivamente, aunque no tengan el instrumental adecuado para expresarlas con precisión. Los pastores, por lo tanto, debemos escuchar a nuestros hermanos, discerniendo lo que el Espíritu dice a la Iglesia, no solos, sino escuchando al Pueblo de Dios. Desenraizarnos de la vida del Pueblo de Dios nos precipita a la desolación y perversión de la naturaleza eclesial.

6.3. Una Iglesia del Caminar Juntos

Estrechamente ligada a la categoría de Pueblo de Dios está la sinodalidad, como una dimensión constitutiva esta Iglesia inspirada en el principio de la participación y corresponsabilidad de todos en la vida eclesial. Su práctica fue el modo de proceder habitual de la Iglesia en el primer milenio. La sinodalidad, un concepto fácil de expresar en palabras, pero (nada) fácil de ponerlo en práctica, indica la específica forma de vivir y obrar (*modus vivendi et operandi*) de la Iglesia Pueblo de Dios que se manifiesta y realiza en concreto en su ser comunión, en el caminar juntos, en el reunirse en Asamblea y en el participar activamente de todos sus miembros en su misión evangelizadora. Los ejes centrales de una Iglesia sinodal son la comunión, la participación, la plegaria y la misión. La sinodalidad no significa, sin embargo, que en la Iglesia se asuman los dinamismos propios de la democracia, donde en un contexto de intereses en conflicto prima el principio de la mayoría. Lo que explica y exige la sinodalidad es la pasión y corresponsabilidad que comparten todos los fieles por la misión evangelizadora, en el seno de una comunidad jerárquicamente estructurada. Laicos y laicas, consagrados y consagradas, Sacerdotes, Diáconos y Obispos, nos comprendemos corresponsables de la vida y la misión de la Iglesia, desde la igualdad fundamental dada por el bautismo y enriquecidos con variados ministerios, conscientes de que un ejercicio pertinente de la sinodalidad debe contribuir para articular mejor el ministerio del ejercicio personal y colegial de la autoridad apostólica con el ejercicio sinodal del discernimiento por parte de la comunidad. Así, la perspectiva del caminar juntos es más amplia que la misma Iglesia, porque está llamada a abrazar a toda la humanidad. Una Iglesia sinodal es un signo profético en medio de un mundo incapaz de un proyecto compartido, un signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano.

6.4. Una Iglesia Misionera

Con lo dicho anteriormente, queda claro que la sinodalidad viene a reforzar el dinamismo de “Misionera” que debe caracterizar a la acción evangelizadora. Este dinamismo está inscrito en el mismo mandato misionero de Jesús: “Vayan, pues, y hagan discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28, 19), pero a menudo lo olvidamos o dejamos de lado, cediendo a la tentación de la introversión eclesial. Cada cristiano y cada comunidad discernirá cuál es el camino que el Señor le pide, pero todos somos invitados a aceptar este llamado: salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio.

Se trata, primero, de no quedarnos encerrados en nosotros mismos, sino que, mediante el testimonio y el anuncio, ofrezcamos a todos la vida de Jesucristo. No nos mueve hacer publicidad o proselitismo, sino compartir la alegría de la fe y proponer una experiencia de salvación, para que la semilla del reino de Dios crezca y germine en el corazón de cada persona.

En esta misión, el otro no es solo un destinatario pasivo, sino un interlocutor, lo que da a la evangelización un tono de encuentro y diálogo, donde todos se sientan acogidos, valorados y libres para compartir su camino. Esto significa para la Iglesia, de manera concreta, no mantener muros, sino más bien construir puentes, para ser de verdad una comunidad acogedora y misericordiosa al estilo de Cristo.

Se trata, por otra parte, de acercarnos de verdad a los que están lejos, a los que se sienten descartados, a los que por diversas razones se encuentran fuera de las dinámicas eclesiales, en una misión constante hacia las periferias territoriales y existenciales. Esto supone salir de nuestras seguridades o zonas de confort, para acompañar con misericordia y paciencia a las personas. Es una salida que nos permite entrar en procesos de conversión a partir del encuentro con el otro y, a la vez, nos desafía a dialogar sin renunciar a la profecía del Mensaje evangélico.

6.5 Coherencia en nuestro servicio y testimonio.

Una perspectiva pastoral especialmente madurada entre nosotros en Chile, en estos años, es la integridad que debe caracterizar a todo servicio que se realiza en medio de la Iglesia. El anuncio del Evangelio con nuestra palabra debe ser acompañado de una coherencia de vida que sea consecuente con lo que anunciamos. Por tanto, es una exigencia para todo fiel cristiano, especialmente para quienes ejercemos una responsabilidad o servicio formal en la misión.

7.-ORIENTACION PASTORAL 1:

7.1 Centralidad de Jesucristo en nuestros procesos evangelizadores

En la experiencia eclesial de escucha y discernimiento que hemos vivido, se ha expresado la importancia de centrar a la Iglesia en el seguimiento de Jesús, lo que es requisito indispensable para que Él sea el centro de nuestra vida. Se ha dicho que hay que “volver a la Palabra”, “volver a las fuentes”, “profundizar la vida de oración”, “seguir a Jesús como modelo de servicio y humildad”. Esta centralidad de Jesucristo en las acciones evangelizadoras ha de traducirse en la presencia de tres realidades fundamentales en ellas. En primer lugar, la Palabra de Dios, que debe ser más claramente un elemento transversal de la pastoral, enriqueciendo el discernimiento, la formación, la celebración de la fe y los múltiples campos de la misión. En segundo lugar, la vivencia frecuente y auténtica de la Eucaristía, fuente y cumbre de toda la vida cristiana en especial en el domingo, día del Señor, que reúne a la comunidad de los discípulos para participar del misterio pascual de Cristo. Finalmente, el encuentro con Jesucristo en los hermanos pobres y sufrientes, en las diversidades de todo tipo en quienes el Señor nos sale al encuentro. Así los procesos evangelizadores serán más integrales y plenamente evangélicos. Creemos que nuestra primera formación en la Iglesia no nos ha capacitado suficientemente para responder de la mejor forma a la sociedad en que vivimos y anunciar en medio de ella íntegramente el Evangelio, por lo que se hace necesario una experiencia formativa que contribuya al fortalecimiento de una identidad discipular más consistente, que suscite cristianos vocacionados por Cristo, convencidos y convincentes de su fe, cuya misión arrancará del encuentro con Cristo. Por otra parte, la transmisión de la fe en la familia y en la educación es hoy débil y, a menudo, inexistente, por lo que queremos integrar el acompañamiento personal de los procesos de crecimiento; para hacer presente “el ritmo sanador de la proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana. Ha de fundarse en la escucha; meditación, vivencia y celebración de la Palabra de Dios. Por último, ha de explicitar la dimensión social de la evangelización, pues “en el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros”.

8.-Líneas de acción

Las siguientes líneas de acción se proponen como caminos para vivir procesos evangelizadores más centrados en Jesucristo, en los diversos niveles de la vida pastoral de la Iglesia:

a) Fortalecer el uso de la Biblia como elemento transversal de toda la pastoral. Que cada parroquia, comunidad, misión, congregación, promueva experiencias comunitarias de conocimiento de la Palabra de Dios: talleres bíblicos, encuentros de *lectio divina*, lectura comunitaria de la Palabra, etc.

b) Promover con más fuerza entre los fieles la celebración de la Eucaristía dominical con nuestros ritos y donde no sea posible, de la liturgia de la Palabra, cuidando especialmente el saludo y abrazo en la acogida, la homilía preparada y la música como recurso insustituible utilizando la tecnología para esto, cuando no haya quien acompañe con el canto.

c) Cuidar que los procesos de iniciación cristiana integren adecuadamente la vivencia de la liturgia, el encuentro con Cristo en los hermanos que sufren y la misión encarnada en la vida cotidiana. Contemos nuestra historia de Iglesia.

d) Acompañar las diversas manifestaciones de piedad popular existentes en cada parroquia, misión o territorio valorándolas como camino de encuentro con Cristo. Según sea la realidad geográfica de las fiestas populares y de devoción.

e) Impulsar la institución del ministerio del Ministro Laico en las Iglesias que no cuentan con sacerdote, donde se celebre la Palabra cada domingo.

9. - ORIENTACION PASTORAL 2

9.1 Relaciones inclusivas en nuestra manera de ser Iglesia

Agradecidos de vivir en la Iglesia la experiencia de la comunión, en los procesos de discernimiento eclesial abordamos los desafíos propios de nuestras relaciones fraternas. Las principales problemáticas reconocidas por los fieles en este ámbito: dificultades para enfrentar los conflictos, falta de amabilidad, abusos, clericalismo, rol secundario de las mujeres, falta de compromiso laical y baja presencia juvenil, entre otras. Una temática especialmente sensible es el ejercicio de la autoridad en la Iglesia, pues junto a muchos testimonios de auténtico servicio, se expresan también entre nosotros, modos autoritarios de ejercerlo. Se hace necesario superar lo que se ha llamado “cultura del clericalismo”, en la cual la autoridad es vivida como un privilegio y no como un carisma dado para el bien de todos, y en donde la asunción de responsabilidades tiende a concentrarse en unos pocos, excluyendo a menudo a los laicos. Esto genera dinámicas de dependencia e infantilización que impiden que muchos fieles vivan una fe madura. Es indispensable que, respetando la diversidad de carismas y ministerios, nos escuchemos sin prejuicios y construyamos relaciones más fraternas. Un papel esencial en este campo corresponde a los sacerdotes, por quienes las comunidades y nosotros los Obispos tenemos una auténtica valoración y profunda gratitud. Sin embargo, se espera de todos nosotros, ministros ordenados, una mayor cercanía a los fieles, un mayor involucramiento en la vida de la gente y un

modo de ejercer la autoridad que no origine problemas relacionales. Para ello, el ministerio sacerdotal ha de ser comprendido evangélicamente, enfatizando más el servicio que el poder, **al estilo del Buen Pastor**. Necesitamos aprender a vivir el sacerdocio a la luz de la sinodalidad y la comunión en la diversidad de carismas y ministerios, perspectiva que también debe estar presente en nuestros Seminarios y casas de formación sacerdotal. Muchos sacerdotes dan testimonio de que esto es posible.

Otro aspecto referido al mundo de nuestras relaciones fraternas, tiene que ver con la necesidad de ser una Iglesia más inclusiva, abierta a acoger a los demás en sus concretas situaciones de vida: personas con orientaciones sexuales diferentes, con vínculos familiares no formalizados, o que viven otras situaciones que no concuerdan con la verdad sobre el matrimonio y la sexualidad propia de cada ser humano. Muchas veces estas personas se han sentido juzgadas e incomprendidas, cuando en realidad ellas también forman parte de la Iglesia y están llamadas a beber de las fuentes del Evangelio, camino de vida y conversión. Tenemos que seguir discerniendo senderos para una atención pastoral misericordiosa **siguiendo el ejemplo de Jesús “Yo tampoco te condene” (Jn. 8,11)** y alentadora de estos hermanos, en comunión con la Iglesia, en vistas de favorecer su crecimiento humano y espiritual y prácticas pastorales que posibiliten y hagan crecer la corresponsabilidad de todos en la vida de la Iglesia. La importancia de promover liderazgos y estructuras para favorecer la participación y la misión compartida, principalmente los Consejos Pastoral y económico, y abrir diversos caminos que faciliten el protagonismo laical, como el fomento de los ministerios laicales, la práctica de las asambleas parroquiales y el fortalecimiento de pequeñas comunidades. Los consejos pastoral y económico son órganos previstos en la normativa canónica en nuestra Iglesia Episcopal Anglicana de Chile. Sin embargo, sigue planteándose la necesidad de fortalecerlos en su funcionamiento, para evitar que sean solo espacios de información y se transformen en verdaderas instancias de participación, comunión, crecimiento, fortalecimiento y discernimiento. Así será normal que tomen parte en la elaboración de las decisiones significativas de la comunidad y contribuyan a que en la Iglesia se hagan procesos más informados y transparentes en la toma de decisiones y en el uso de los bienes materiales y económicos. Transparencia, supervisión y rendición de cuentas, entre otros aspectos, son factores esenciales para la buena convivencia de la iglesia, pues evitan zonas secretas indebidas y favorecen un sentido de pertenencia y de comunión. Avanzar en la vida comunitaria requiere, por otra parte, asumir el desafío de integrar mejor el aporte de la mujer en la vida de la Iglesia. Su lugar en la comunidad eclesial ya es de gran riqueza y diversidad, las que colaboran en la gestión parroquial, las que sostienen la pastoral de enfermos y la acción social, las catequistas y las que animan comunidades, las que forman grupos de oración o de formación bíblica, las que investigan y ayudan a formar a otros, etc. Pero parece imprescindible, para “caminar juntos”, visibilizar mejor ese aporte y cuidar su presencia en los órganos de responsabilidad y decisión de la Iglesia, en sus diversos niveles. También es importante perfeccionar en nuestras comunidades las formas de relacionarnos entre varones y mujeres, creciendo en respeto y en colaboración mutua.

Avanzar en la Misión, por último, trasciende el ámbito de las relaciones y el de las estructuras, y toca esferas tan importantes como la formación y la espiritualidad,

pues se trata de caminar juntos como hermanos en la fe, dejándose renovar por el Espíritu Santo y escuchando la Palabra de Dios. Por eso es necesario fortalecer en los fieles, especialmente agentes pastorales, una formación y una espiritualidad para la sinodalidad, que ayude a construir la comunión a partir de la diversidad, para servir mejor a la misión, la capacidad de imaginar un futuro diverso para la Iglesia y para las instituciones a la altura de la misión recibida depende en gran parte de la decisión de comenzar a poner en práctica procesos de escucha, de diálogo y de discernimiento comunitario, en los que todos y cada uno puedan participar y contribuir. Por eso, todas las instituciones y todos quienes ejercemos un ministerio en la Iglesia, debemos interrogarnos sobre cómo integrar el impulso del caminar juntos en el modo de ejercer nuestra misión. “Tenemos que superar los modos de obrar autónomos o como las vías paralelas del tren, que nunca se encuentran: el clero separado de los laicos, los consagrados separados del clero y de los fieles (...), los Obispos separados de los sacerdotes, los jóvenes separados de los ancianos, los matrimonios y las familias poco implicadas en la vida de las comunidades, los movimientos carismáticos separados de las Parroquias”.

9.2 Líneas de acción

Las siguientes líneas de acción se proponen como caminos para que nuestra misión sea asumida cada vez más en nuestra manera de ser Iglesia, en los diversos niveles de su vida pastoral:

a) Implementar los consejos pastorales y económicos en las Parroquias que no los tienen, y fortalecerlos en donde ya están.

b) La conformación y funcionamiento de los consejos pastorales y económicos. También proponer criterios de transparencia y rendición de cuentas para nuestras estructuras pastorales.

c) Promover la integración y corresponsabilidad de la mujer en la gestión pastoral y en las instancias en que se toman decisiones.

d) Animar la vida, la vocación y el servicio de los sacerdotes, fortaleciendo la renovación gozosa de su ministerio y la revisión del modo en que se ejerce la autoridad.

e) Realizar la visita pastoral del Obispo a la Parroquia y otras instancias eclesiales, como momento privilegiado de encuentro, sinodalidad y animación pastoral.

f) Realizar en diálogo con las parroquias, congregaciones y misiones, una reflexión más profunda sobre los ministerios laicales en nuestra Iglesia, para fortalecer su surgimiento, sean o no instituidos.

10. - ORIENTACION PASTORAL 3

10.1 Al encuentro de la cultura INCLUSIVA, los pobres y los jóvenes

Se trata de recuperar de forma nueva la dimensión profética de la fe, buscando estar en medio de la sociedad con una propuesta que tenga sentido para nuestros contemporáneos. Esto exige animar el compromiso cristiano en medio del mundo

desde una clara identidad cristiana, católica y renovada, con fieles que posean una sólida formación y experiencia de fe, que no se dejen manipular por consensos superficiales y, a la vez, lleven en su corazón creyente un gran sueño de fraternidad universal. Así podremos servir mejor a la humanidad, pues si la música del Evangelio deja de sonar en nuestras casas, en nuestras plazas, en los trabajos, en la política y en la economía, habremos apagado la melodía que nos desafiaba a luchar por la dignidad de todo hombre y mujer ya me he referido a graves problemáticas de nuestra sociedad, caracterizada por la fragmentación. Nos preocupa Chile y toda América Latina, nos preocupa la vida de tantas personas y comunidades. Creemos que la luz del Evangelio es un bien para la humanidad y es nuestro deber como cristianos ser testigos de esa luz, porque la Iglesia no se renueva cuando esconde su mensaje y se mimetiza con los demás, (sino) cuando es ella misma, cuando recibe la fuerza siempre nueva de la Palabra de Dios, de la Eucaristía, de la presencia de Cristo y de la fuerza de su Espíritu cada día. Por eso estamos llamados a proponer y promover en nuestra Patria los valores del evangelio, en el respeto a la dignidad humana; lo valioso de la Inclusividad, el valor de la vida humana en todas sus fases, es decir, desde el momento mismo de la concepción hasta su término natural; la enseñanza sobre la familia; la libertad de enseñanza y la libertad religiosa, y tantos otros principios que ayudan a edificar la justicia social y el bien común, que es el bien de todos.

En los procesos de participación eclesial, se destacaron algunas realidades que desafían especialmente nuestra misión. Ante todo, la pobreza y la marginación, con sus múltiples rostros entre nosotros. La opción por los pobres se concreta hoy de manera especial en los migrantes, las personas de tercera edad, quienes sufren dependencia de alcohol y de drogas, y las personas en situación de discapacidad. Queremos contribuir, de modo especial, a reparar el daño que causan la violencia y el narcotráfico, especialmente a los niños, niñas y jóvenes de nuestro país, así como ayudar a que en nuestra Patria podamos vivir una mejor acogida e integración de los migrantes, pues es Cristo mismo quien en ellos nos sale al encuentro. La presencia junto a los que sufren es siempre un signo elocuente de transformación y conversión eclesial, por lo que estamos llamados a ser más claramente una Iglesia pobre para los pobres. El cuidado de la casa común es un ámbito en el que podemos desarrollar como Iglesia el diálogo fe-cultura. Nos acerca, por ejemplo, a los pueblos originarios, que tienen ricas tradiciones y con los cuales podemos, con respeto, caminar juntos. También nos acerca a otros creyentes y a los no creyentes, entre los cuales encontramos muchas personas sensibles a una ecología integral. Hay aquí una oportunidad para crear espacios de diálogo y proyectos comunes, colaborándonos mutuamente con otros grupos e instituciones. Recordemos que no hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental. Las líneas para la solución requieren una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza. El mundo de las nuevas tecnologías de comunicación es otro desafío a nuestra misión hoy. El conocimiento y uso de las tecnologías contemporáneas, con equipos capacitados para ellos, es fundamental si queremos dialogar con la juventud y con los hombres y mujeres de hoy. Es un paso importante para una mejor transmisión de la fe. Es importante ver el mundo digital y de las comunicaciones no solo como “un medio para”, sino también como un espacio para

convivir y evangelizar. Debemos seguir avanzando en una comprensión más efectiva de esta realidad y en una formación técnica y pastoral que nos permita habitar las redes desde el Evangelio.

Los jóvenes desafían especialmente nuestra misión como Iglesia. Actualmente tienen una baja participación entre nosotros y, en muchos lugares, están totalmente ausentes. Es posible que nuestras comunidades eclesiales vivan, a veces dinámicas muy “adultocéntricas”, que impiden abrir espacios a la juventud. Debe preocuparnos sinceramente “que esta generación de jóvenes cuente con la riqueza del Evangelio de Jesús y su Reino para que puedan desplegar vida y esperanza y plasmarlos en nuevas formas culturales. Entre los desafíos que las comunidades cristianas tenemos respecto de los jóvenes que están, por un lado, la necesidad de darles espacio y participación en la vida de la Iglesia, haciéndolos más protagonistas; por otro lado, salir a su encuentro y acompañarlos, valorando sus búsquedas, sus maneras de pensar y entender la vida. Asimismo, nos parece fundamental que las comunidades tengan procesos pastorales e itinerarios de vida cristiana que ofrecer a los jóvenes, que les permita el encuentro con Jesucristo y el surgimiento de la pregunta vocacional, tan esencial en la etapa juvenil. Este marco es indispensable para comprender la propia vida en clave de servicio. El camino junto a los jóvenes no está trazado de antemano, sino que hay discernirlo y recorrerlo con ellos, para lo cual se nos ofrecen diversas pistas, entre otras: realizar acciones con los jóvenes que permitan el encuentro personal y comunitario con Jesucristo; gestar y fortalecer itinerarios de iniciación cristiana creativos y atractivos; propiciar un trabajo más orgánico entre la pastoral familiar, pastoral juvenil y pastoral vocacional; promover la presencia de jóvenes en los distintos niveles de participación eclesial; impulsar el discernimiento sociopolítico y la participación de jóvenes cristianos en ese ámbito; crear iniciativas pastorales para acercarnos a los jóvenes en sus distintas realidades y ambientes. No quisiéramos olvidar el enorme potencial que representa para nuestra misión la pastoral en contextos educativos, pues son miles los estudiantes que nos son confiados para acompañarlos en su educación integral.

10.2 Líneas de acción

Las siguientes líneas de acción se proponen como caminos para fortalecer la misión profética de la Iglesia en medio de la sociedad, en los diversos niveles de su vida pastoral:

a) Promover que la Iglesia sea un actor significativo en los diversos espacios comunales en que sus comunidades y fieles se desenvuelven, desde una actitud de diálogo colaborativo, crítico y propositivo.

b) Promover instancias de formación que animen el compromiso de los fieles y entreguen herramientas para el discernimiento y el aporte cristiano en medio del mundo.

c) Suscitar o apoyar en nuestras Iglesias locales iniciativas a favor de una ecología humana integral, reciclado de basura, campañas de limpieza del barrio etc, así como proyectos que ayuden a reparar el daño social que afecta a los hermanos más vulnerables.

- d) Seguir fortaleciendo la acción de la Iglesia entre los migrantes**, trabajando en red.
- e) Favorecer en nuestras Parroquias e instituciones el uso inteligente y evangélico de las redes sociales**, al servicio de la comunicación y la evangelización.
- f) Crear iniciativas pastorales que nos permitan acercarnos a los jóvenes** y, a la vez, los pongan a ellos mismos como protagonistas de la acción pastoral.
- g) Motivar a laicos y consagrados en la construcción de nuevas capillas** o centros de encuentro comunitario y donde por razones de pobreza no se pueda, buscar espacios solidarios en Sedes Vecinales, Escuelas, Clubes de Adulto Mayor para ofrecer un espacio seguro a los miembros de nuestras comunidades y para la convocatoria de nuevos miembros.

11. - ORIENTACION PASTORAL 4

11.1 Una cultura del cuidado y el buen trato

Como he señalado, varias situaciones de crisis ocurridas en el seno de nuestra Iglesia, nos ha acompañado fuertemente en los últimos años, despertando sentimientos de rabia, vergüenza y dolor. Sin embargo, también ha suscitado un trabajo creciente y constante de las comunidades sobre estas problemáticas, lo que nos ha permitido adquirir nuevas convicciones y prioridades que antes no teníamos o no considerábamos en su real relevancia. Innovar y recrear pautas explícitas para cultivar el buen trato en nuestras relaciones en todo ambiente eclesial y, sobre todo, orientaciones relativas a la promoción de ambientes sanos y respetuosos de la inviolable dignidad de toda persona y a la prevención de situaciones abusivas. Temas como los desequilibrios de poder o asimetrías que se pueden dar en una relación pastoral, el respeto de las fronteras físicas y emocionales a la hora de expresar los afectos a los demás, o los resguardos adecuados en los procesos de acompañamiento espiritual, son algunas de las realidades a la que estas orientaciones nos acercan y que es indispensable atender para cimentar nuestra acción pastoral en una cultura del cuidado.

11.2 Líneas de acción

Las siguientes líneas de acción se proponen como caminos para fortalecer y promover en la Iglesia una cultura del cuidado y del buen trato, en los diversos niveles de su vida pastoral:

- a) Potenciar el conocimiento del código de ética ministerial** de nuestra iglesia, pues sus orientaciones constituyen parámetros fundamentales de actuación en la Iglesia.
- b) Fortalecer la formación inicial y permanente de los ministros ordenados** mediante encuentros presenciales y virtuales una vez al mes.
- c) Consolidar en cada Misión, Congregación, Comunidad y Parroquia de nuestra iglesia, una institucionalidad** al acompañamiento de los miembros, la instalación de responsables de grupos donde corresponda, así como la formación de los agentes pastorales.
- d) Promover e implementar las medidas sugeridas como registro de actas de reuniones, cuaderno de tesorería etc.**

12.- UNA PALABRA FINAL

La iglesia que queremos la construimos todos. Juntos. "Vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios". (1 Pedro 2:10).

Dentro de toda la gran diversidad que integra y compone nuestra Iglesia en el día de hoy les invito a sentirnos y ser Un Pueblo de Dios. Una "pequeña manada" " el pequeño resto" como en el Antiguo Testamento nos propone la Escritura. Cultivemos el amor, la espiritualidad, el buen trato, aprendamos a reconocernos y en el otro el Don de Dios que complementa nuestro caminar.

Les bendigo a todas y todos.

+ *Patricio, St James*

ARZOBISPO

METROPOLITANO & PRIMADO

Iglesia Episcopal Anglicana de Chile